

campamento perdió su calidad de tal. Abandonado por los soldados, vino a ser mero lugar de reunión, un campo de maniobras con oficinas, almacenes y otros edificios que ocupaban el terreno destinado antes a los acantonamientos. Se puede fijar en el reinado de Septimio Severo y Caracalla, Heliogábalo y Alejandro Severo, la construcción del pretorio, del palacio del legado, de la basílica en que se administraba justicia, del *Tabularium* ó edificio de los archivos, de las termas, de los arcos de triunfo.

Los campamentos estaban situados a corta distancia de aldeas de los que tomaron nombre. De esta manera se ha convertido en Maguncia la aldea céltica de *Mogontiacum*, donde había una población mixta, compuesta de indígenas y de ciudadanos romanos. Estos abarcaban dos elementos distintos, los vivanderos y los industriales de toda especie y categoría, y los veteranos. Estos podían partir con la licencia absoluta, pero la mayoría permanecían en la comarca. Estaban cerca de su bandera, que para ellos constituía la patria única. Se toleraba la población. Dependía del poder militar y habitaba el «territorio de la legión,» de donde podía ser expulsada en caso necesario sin otra forma de proceso. Pero los ciudadanos romanos lograron formar una de esas asociaciones, uno de esos *conventus* que existían en todas las provincias. Lograron en el seno del *conventus*, bajo la alta inspección de un curador, distribuirse en corporaciones especiales. Conocemos el colegio de los veteranos y el de los vendedores al por menor (*negotiatores manticularii*). En el siglo II vemos el primer esbozo de las instituciones municipales. La paz que reina y la consiguiente prosperidad favorecen el progreso de esta población, que se acrecienta a medida que disminuye la del campamento. Se distribuye en muchos *vici*, por lo menos cuatro, cuya yuxtaposición sucesiva corresponde a los acrecentamientos del núcleo primitivo, la vieja Maguncia (*vetus Mogontiacum*). A fines del propio siglo, con posterioridad al decreto de Septimio Severo, el campamento no es más que una dependencia de la ciudad, un barrio destinado a polígono y a establecimientos militares. En la misma época el *conventus* está regido por una «orden de decuriones» y se lo llama «la orden de los ciudadanos romanos.»

Con todo, transcurrió un siglo antes de obtener Maguncia el título de ciudad. Era la verdadera capital de Germania y sólo formaba un conjunto de *vici*, siendo así que otras poblaciones de igual origen y de importancia menor, Lambese en Africa, Apulum en Dacia, Carnuntum en Panonia, gozaban de la plenitud del derecho municipal. Se debe atribuir esto a la situación excepcional y ventajosa en extremo de los ciudadanos romanos establecidos en Maguncia. No se ha observado que cuando éstos se reunían en las cercanías de otros campamentos se les autorizase para organizarse en *conventus*. Se juntaban con los indígenas en un *vici*, el *vici* *Kanabarum*, así llamado en memoria de los *kanabae*, barracas donde se aposentaron en un principio. Tales eran los que encontramos en *Argentoratum* (Estrasburgo). Ya se comprende que en tales condiciones trataron de transformar su *vici* en municipio ó en colonia. Pero los ciudadanos maguntinos poseían en su *conventus* garantías bastantes para la defensa de sus intereses, y por otra parte la concesión del derecho mu-

nicipal atentaba a su prestigio asimilándoles a los indígenas. Si es verdad que vivían confundidos con estos últimos y que por ello se hallaban sometidos al régimen común, no lo es menos que conservaron sus privilegios de ciudadanía. Ahora bien: la concesión del derecho municipal en aquella época equivalía a conferir el derecho de ciudad a todos los habitantes. Y esto ocurrió, al fin, entre 276 y 303 por decreto tal vez de Probo.

Maguncia siguió siendo plaza fuerte y el principal baluarte del Imperio en el Rhin. Los bárbaros se apoderaron de ella dos veces, en 406 y en 409. La segunda vez la población quedó destruída. Floreció de nuevo con sus obispos, y en los comienzos de la Edad media desempeñó otra vez el gran papel que alcanzara en el primer período de su historia. De allí partió la civilización cristiana, que se extendió por la Germania. De los edificios romanos subsiste poca cosa: el *Eigelstein*, que parece ser la reliquia del cenotafio erigido a Druso; algunos pilares del puente construído el año 90 y restaurado dos veces por Caracalla y Maximino. Pero el Museo es de extremada riqueza. En medio de las inscripciones, de los monumentos fúnebres y bajos relieves que contiene, evocamos la imagen de Roma en sus luchas contra la barbarie germánica.

CAPÍTULO II

VIDA INTELECTUAL Y MORAL

I. El latín y el celta. Las escuelas.—II. Literatura.—III. Arte.
IV. Religión y costumbres.

I.—El latín y el celta. Las escuelas (1)

Cuando se quiere formar juicio acerca del estado del país bajo la dominación romana, lo primero que llama la atención es el arraigo adquirido por el latín.

Entre todas las pruebas, la más eficaz la proporciona la epigrafía. Se han descubierto en la Galia más de diez mil inscripciones, muchas de ellas que se referían a las clases bajas de la sociedad. Entre ellas no hay veinte en celta y es probable que provengan del siglo I.

La difusión del latín no supone que desapareciera el celta, poco empleado en escritura. Pero esto no indica que no se hablase. Podía entenderse el latín y no usarse. Podía usarse con preferencia, sin dejar de recordar el celta. No se trata de saber si se difundió el latín, sino si se perdió el celta y en qué época.

La epigrafía no da una respuesta categórica. La Narbonense, donde los cávaros, según Estrabón, empezaron a hablar en latín en tiempo de Tiberio (2), es, a

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Budinsky, *Die Ausbreitung der lateinischen Sprache über Italien und die Provinzen*, 1881. Gröber, *Grundriss der romanischen Philologie*, I, páginas 290 y siguientes, 1888. Bonnet, *Le latin de Grégoire de Tours*, 1890. Brunot, *Origines de la langue française*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, I, 1895. Mohl, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, «Bibliothèque des Hautes Etudes,» 1899. Naudet, *Mémoire sur l'instruction publique chez les anciens et principalement chez les romains*, «Mem. de l'Acad. des Inscr.», 1831. Jung, *De scholis romanis in Gallia comata*, 1885. Boissier, *La fin du paganisme*, 2.ª edición, 1894, I, páginas 145 y siguientes. Julian, *Les premières Universités françaises. L'école de Bordeaux au IV siècle*, «Revue internationale de l'Enseignement,» 1893.
(2) IV, I, 12.

no dudarlo, una de las comarcas de donde más pronto desapareció el celta. La epigrafía de la Narbonense no sólo es la más rica, sino la más correcta y mejor repartida. La de las tres Provincias, menos abundante, casi pobre, sobre todo en el Centro y Noroeste, es de un estilo malo y se halla concentrada, por regla general, en las ciudades y en sus alrededores. Se comprende que en tales regiones, sobre todo en las campiñas, el latín tardó en imperar.

Hay más de un ejemplo de un pueblo que olvida su idioma, pero sólo ocurre este fenómeno de un modo lento. En la Galia tardó más de cuatro siglos en realizarse.

¿En qué fecha podemos aún comprobar la supervivencia del celta? Los textos no abundan, y entre los que se citan los hay poco convincentes.

No vale la pena de fijarse en el párrafo de Sidonio Apolinario, escrito en 471 ó algo después, en el que felicita a su amigo Ecdicio por haber enseñado a la nobleza arvernia el estilo oratorio y poético que la indujo a «dejar el rudo idioma celta» (1). No se trata de otra lengua que la latina, pero de un latín provincial, distinto del que se hablaba en los círculos elegantes de Roma. Cincuenta años antes, a principios del siglo V, Sulpicio Severo introdujo en sus *Diálogos* un galo de la Galia central que refería los milagros de San Martín a los aquitanos. Estos eran reputados por su cultura. Como quiera que se excusara de su latín macarrónico, uno de sus interlocutores, impaciente, le dijo: «Háblanos en celta ó en galo; pero háblanos de Martín» (2). La diferencia que estas palabras establecen entre el céltico y el galo no sabemos verla; probablemente se trataba de un juego de palabras relacionado con el personaje, que se llama Gallus (*Gallus, gallice*). Pero tampoco podemos decir con seguridad si ese celta ó galo es sólo un latín menos puro, como en el caso de Apolinario. Aun cuando se refiera al verdadero céltico, esa salida no prueba que el uno fuera capaz de hablarlo y el otro de entenderlo.

Lo cierto es que hasta la época de las invasiones se usaban palabras celtas. Auonio, Fortunato, Gregorio de Tours (3) citan algunas y explican el significado que tenían en su tiempo. Marcelo de Burdeos, en su *Pharmacopea*, traduce al celta el nombre de distintas plantas. Pero la supervivencia de algunas voces no atestigua la de la lengua entera. Cabe señalar el nombre de *Bagaudos* que se dieron los rebeldes a fines del siglo III (4). No es de suponer que lo tomaran si hablaran en latín.

Llegamos a hechos más significativos. Ireneo, obispo de Lyon desde 178, nos dice que se ocupa más en aprender un dialecto bárbaro que en pulir su griego (5). No hablaría así del latín. Se refería al céltico, que le convenía aprender para sus predicaciones.

La biografía de Alejandro Severo cuenta que en 235 este emperador, hallándose preparando la expedición

(1) *Epist.*, III, 3.
(2) «Celtice, vel si mavis, gallice loquere, dummodo Martinum loquaris.» *Diálogos*, II, 1.
(3) *Ordo nobilium urbium*, XIV, 32. *Carmina*, I, 9. *Hist. Francorum*, I, 30; IV, 31. *Vitae Patrum*, XII, 2.
(4) Capítulo III, párrafo 2.
(5) *Contra Haereses*, I, prefacio. Migne, *Patrología Griega*, tomo VII, página 444.

en que murió, fué advertido por una druida a fin de que desconfiara de sus soldados. Tal advertencia se la hizo en celta. La anécdota no es auténtica, pero los que la propalaron no pensaban que a mediados del siglo III se hubiese olvidado el celta.

Tenemos un buen testimonio para la misma época. Es un pasaje de Ulpiano autorizando que los fideicomisos pudiesen estar en latín, en griego, en cualquiera lengua y sobre todo en púnico y en celta (6).

Desde tal fecha hay que saltar más de siglo y medio para llegar al texto de San Jerónimo (331-420.) En su *Comentario a la epístola de San Pablo a los gálatas*, Jerónimo nota que este pueblo de raza celta, inmigrado en el Asia Menor desde 278 antes de J. C., conservaba una lengua propia que ofrecía puntos de semejanza con la de los treverios. Se ha impugnado tal cita suponiendo que se refería a cualquier documento antiguo; pero como Jerónimo había estado en Tréveris, es de suponer que se refiere a recuerdos personales, propios (7).

El testimonio de San Jerónimo es el último que menciona el celta, y de todos modos, en tal época todos hablaban corrientemente el latín. San Martín, obispo de Tours en 372, nació en Panonia y no hay indicios de que conociera la lengua de los galos. Y ya se sabe que su palabra ejerció gran influjo en las masas.

En el siglo VI el celta estaba olvidado en absoluto. Entonces aparece el romance, que es una transformación del latín en que apenas hay voces celtas. De las veintiséis palabras que hay en nuestro vocabulario actual, provenientes del celta, hay diez que antes de ser francesas pasaron por el latín. Y si no ocurre lo mismo con las otras, se puede suponer, porque no se ha demostrado lo contrario.

El latín que dió origen al romance era el latín popular. Nada demuestra tan claramente el abandono en que cayera el celta.

El latín popular ó vulgar pasó de Italia a las provincias con los legionarios y colonos. Así pasó al mundo occidental, donde se hablaba, pero no se escribía, pues las mismas inscripciones estaban redactadas en formularios. No se puede reconstituir este latín sino en sus caracteres generales. Es muy difícil seguirlo en sus troncos con las lenguas indígenas. Lo esencial es que difería del latín escrito y del empleado por las clases elevadas, por parecidas tendencias que las que han prevalecido en la formación de las lenguas modernas. Las relaciones de filiación entre el romance y el latín vulgar son patentes. Por otra parte, es indudable que el romance no tomó nada del vocabulario céltico. De todo ello resulta que el latín vulgar se impuso a las clases inferiores y reinó sin competencia. Encerrado en tales límites por el latín literario, salió de ellos cuando la decadencia del gusto lo entregó al dominio de la sociedad entera. Apartado el obstáculo que se le oponía, se extendió por todas partes, se desarrolló libremente y reemplazó al la-

(6) *Digesto*, XXXII, 11.
(7) Migne, *Patrología latina*, tomo XXVI, página 357. M. Perrot («Revue celtique,» 1870-1872, páginas 179 y siguientes) observa que hacía mucho tiempo que el celta había desaparecido de entre los gálatas; pero que quizá subsistía como patués. Fustel de Coulanges (*Gaule Romaine*, página 129) dice que la lengua de los treverios era la germánica. Esto es un error. La onomástica de los treverios es celta.

tín. El completo triunfo del latín no precede con mucho al nacimiento de los nuevos idiomas de que encierra el germen. Por cuanto queda dicho, fué en el siglo V cuando reinó en toda la Galia y hasta en las capas más profundas de la sociedad. Únicamente la vieja Aquitania, entre el Garona y los Pirineos, no se dejó invadir por completo. Más tenaz que el celta, el ibero halló una ciudadela inexpugnable en el país vasco. En cuanto á nuestra Bretaña, parece demostrado que el dialecto céltico que emplea no proviene del tiempo de la independencia gala, sino que es debido á los bretones insulares, que huyeron de la invasión sajona desde los siglos V al VII (1).

Por una especie de paradoja, Roma alcanza esta victoria cuando va á morir. Pero el hecho no es paradójico sino en apariencia. No hay que hacer gran caso de las divisiones históricas establecidas después de los hechos. El prestigio de Roma sobrevivió á su poder material. Para los pueblos continuó siendo la ciudad soberana, la bienhechora de los pueblos. Acababa de tomarla Alarico cuando Rutilio cantaba sus inmortales destinos (2), y casi en la misma época es cuando desaparece por primera vez en nuestros textos la palabra *Romania*, tan oportuna para designar á un tiempo su imperio y su civilización (3). No hay que extrañar, pues, que progresara el latín, á pesar de los acontecimientos que dislocaron la unidad romana.

Los romanos no hicieron la guerra á la lengua celta. Comprendían sin duda lo mucho que les convenía la difusión del latín; pero para lograrla no recurrieron á ninguna medida tiránica. Ya hemos visto que á mediados del siglo III autorizaron los testamentos en celta.

Este desapareció antes que el latín porque representaba la barbarie, y el latín el progreso. Además del atractivo que ejercía sobre los hombres ávidos de cultura, era la lengua oficial.

Era el idioma del gobierno romano y de todos sus empleados. Los romanos no tenían para los dialectos occidentales las consideraciones que guardaban al griego. No hacían traducir sus actos públicos á la lengua del país. Los indígenas debían comprenderlos ó hacérselos explicar.

Era la lengua oficial del gobierno de las ciudades. Esto podía suscitar algunas dificultades, no en las colonias, sino en las estipendiarias, en las libres y en las federadas. Las inscripciones que podrían darnos alguna luz faltan casi por completo, salvo en la Narbonense, y pertenecen, en general, á una época posterior. Todas son latinas. En Burdeos y en Saintes hay dedicatorias escritas en latín desde el siglo I. ¿Fueron los romanos menos generosos con la lengua de sus súbditos que con sus instituciones? Al dejarles la autonomía ¿exigieron que la administración hablara en latín? Lo ignoramos y no hay nada que permita afirmarlo. Pero el gobierno de las ciudades era aristocrático y las aristocracias aceptan de buena gana la lengua del vencedor.

Indispensable el latín para los aristócratas que aspiraban á las funciones senatoriales y ecuestres, no lo era menos á quienes se contentaban con el derecho de ciu-

dad. Claudio retiró este derecho á un diputado de una provincia de Oriente que le hablaba en griego (4). Las clases inferiores debían recurrir al latín en sus litigios ante los tribunales, en sus reclamaciones ante el fisco. Y también se veían obligados á emplearlo en sus transacciones con los mercaderes italianos.

El latín se insinuó de mil maneras. No sólo lo propagaban los inmigrantes, sino también los esclavos que, venidos de todos los puntos del globo, tenían necesidad de una lengua común para entenderse entre ellos. Los veteranos vueltos á la vida civil lo hablaban en su hogar y lo hacían familiar á los que les rodeaban. A partir del siglo III la Iglesia, dejando el griego, lo adoptó como su lengua oficial, á semejanza de la administración. Y, en fin, la escuela, sin ser en manos de Roma el instrumento brutal que es para los conquistadores modernos, ejercía en el mismo sentido decisiva influencia, tanto más poderosa cuanto que moldeaba á los hombres por entero, no limitándose á enseñarles una lengua nueva, sino creándoles, por decirlo así, una nueva alma y transformando sus sentimientos é ideas. Por la escuela se convirtió el galo en romano.

No sabemos, desgraciadamente, nada de lo que se refiere á la instrucción elemental. Por algunos indicios podemos juzgar que no era descuidada. Los que no sabían leer debían ser pocos. Los últimos sargentos debían leer la palabra de orden que se escribía en las tablillas. Había escuelas para los hijos de los veteranos. Una inscripción descubierta en Alfustrel—Portugal—y que contiene el reglamento de una explotación minera, nos enseña que junto á la mina se formó una aldea y que allí había maestros de escuela. Todas las escuelas, exceptuando quizá las de regimientos, eran privadas. Los romanos no pensaban que la instrucción debiera darla el Estado. Nunca creyeron deber darla al pueblo. Pero en aquella sociedad reinaba gran deseo de instruirse y la iniciativa privada bastaba.

Algo más sabemos de los establecimientos de orden superior, destinados á las clases elevadas y en que interviene la autoridad pública.

Cuando Agrícola pasó á gobernar la Bretaña en 78, trató de implantar las costumbres romanas. No se contentó con invitar á los habitantes á que construyeran ciudades con templos, foros, pórticos. Tuvo cuidado de que los niños nobles conocieran la literatura latina (5). Con ello imitaba la política seguida un siglo antes en Galia. Aquí también las escuelas se multiplicaron después de la conquista. Estrabón señala con admiración tal hecho en el reinado de Augusto ó en los primeros años del de Tiberio (6).

La iniciativa oficial favoreció tales escuelas. Pero si el Estado favoreció las iniciativas de las ciudades, nada hizo para substituirse á ellas. Vespasiano fué el primero que pensó en pagar á los profesores con los fondos públicos. Adriano, Antonino y Alejandro Severo también lo pensaron. No sabemos, sin embargo, qué medidas tomaron estos emperadores; pero parece que el Estado, que ordenó estos gastos, no los pagaba por su cuenta. Dotó algunas cátedras en los centros famosos,

(1) Loth, *L'emigration bretonne en Armorique*, 1884.

(2) Párrafo 2, fin.

(3) Gastón París, *Romania*, 1872, páginas 1 y siguientes.

(4) Suetonio, *Claudio*, 16. Dión Casio, LX, 17.

(5) Tácito, *Agrícola*, 21.

(6) IV, 1, 5.

en Roma y Atenas; pero en los demás puntos todo el gasto corrió á cargo del municipio. Lo que al principio no fuera por su parte sino un sacrificio voluntario, fué una contribución obligatoria, y como esto ocurrió cuando empezaron los apuros pecuniarios de los municipios, se explica que no siempre cumplieran tal deber con la deseable premura. Para poner un término á los abusos causados por su avaricia, el emperador Graciano promulgó en 376, en Tréveris, y transmitió al prefecto de la diócesis de Galia, un edicto que fijaba los emolumentos que debían percibir los profesores según su categoría y la de las ciudades (1).

Al imponer á las curias el deber de pagar á los profesores, se les dejó el derecho de nombrarlos. Podía hacerse sin riesgo porque la composición de esas asambleas bastaba para poder fiar en su competencia. Alguna vez, sin embargo, intervenía el Estado. Las ciudades, en vez de reprochar al emperador su intervención, se mostraban orgullosas del interés que con ello les demostraba. Los eduos agradecieron lo indecible á Constantio Cloro el nombramiento de Eumeno para su cátedra. Quizá no se mostraron tan contentos al saber el enorme sueldo que á su costa le asignaba (2). Bajo Juliano los derechos respectivos del Estado y de las curias se deslindaron por una ley. Decidía que las curias continuarían nombrando á los profesores, pero que su elección debería ratificarla el emperador (3). Era una ley de circunstancias para excluir á los cristianos de las escuelas. Sin embargo, no parece que fuese abolida después de la muerte del emperador.

Entre todas las escuelas que florecían al principio de nuestra era, las de Marsella y Autún figuraban en primera fila. Aquella ciudad, desposeída de su importancia comercial y política, dirigió hacia otra parte sus esfuerzos. Siempre fué un centro de cultura helénica en Occidente. Se entregó por completo á tal cometido cuando las demás ambiciones le fueron vedadas. Como Atenas, cuyo ejemplo imitó y cuyo renombre compartía, se consoló de sus desastres convirtiéndose en una ciudad universitaria. Varrón la llama la «ciudad de las tres lenguas.» Los estudiantes galos acudían allí como los de Roma, pues muchas familias latinas enviaban á sus hijos á Marsella, donde obtenían igual instrucción que en Grecia y donde las costumbres eran menos relajadas. Una de las originalidades de Marsella era su tradición científica. No producía ya astrónomos y geógrafos como en tiempo de Pytheas, pero sus médicos eran ilustres y ganaron grandes fortunas. Uno de ellos, en tiempo de Nerón, fué bastante rico para hacer levantar las murallas derribadas después del sitio de 49 antes de J. C.

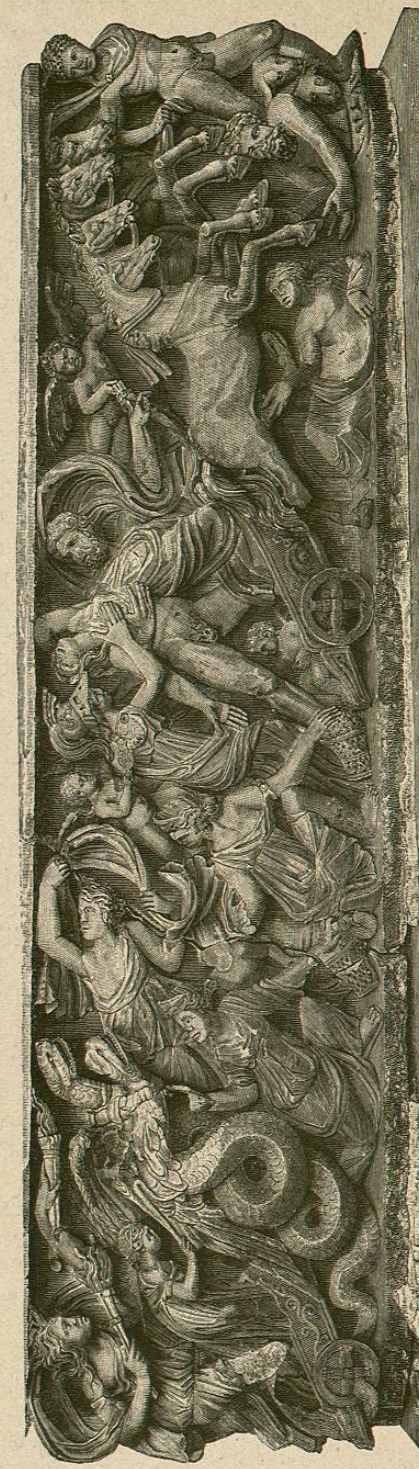
Muy diferente de la de Marsella, quizá más interesante por la obra que realizó, aparece la escuela de Autún como la genuinamente gálica á cuyas aulas acude la juventud substraída á la disciplina de los druidas. Tan numerosa era que, cuando la rebelión de Floro y Sacrovir, pensó éste que, apoderándose de aquellos rehenes, tenía asegurada la complicidad de toda la nobleza de la Galia. No en vano se escogió para tan importante centro de enseñanza la capital de los eduos.

(1) *Código Teodosiano*, XIII, III, 11.

(2) Véase más adelante.

(3) *Código Teodosiano*, XIII, III, 5.

Además de ser una recompensa á la fidelidad de los aliados, partía la idea de aquella fundación de un buen criterio político. Lyon era exclusivamente romano. La juventud gala no se hubiese sentido á su gusto allí. En cambio, en aquel centro puramente céltico, bien que



Alto relieve en mármol representando el rapto de Proserpina. (Sarcófago de Carlomagno en la catedral de Aquisgrán.)

fiel á los romanos, se sentía como en su casa. No se oye hablar más de la escuela de Autún hasta la segunda mitad del siglo III. Gozaba de gran prosperidad cuando se vió envuelta en el desastre que en tal época desoló la ciudad (1). El hermoso edificio en que estaba

(1) Libro IV, capítulo I, párrafo 2, y libro V, capítulo I, párrafo 4.